

CAPÍTULO XI.

EN QUE MR. GERARD SE TRANQUILIZA.

Mr. Gerard lanzó un grito de terror: de amarillas y verdes que estaban sus mejillas, quedáronse amoratadas. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y deseó interiormente hallarse cien pies bajo de tierra.

— Decíamos, continuó Mr. Jackal, que Mr. Sarranti es inocente, y que vos sois el solo y único culpable.

— Piedad, exclamó Mr. Gerard todo trémulo y cayendo á los pies del polizonte.

Mr. Jackal le miró un momento con ese supremo disgusto que los polizontes, los gendarmes y el verdugo sienten por los cobardes.

Después, sin alargarle la mano, pues se hubiera dicho que Mr. Jackal temía mancharla con sólo el contacto de aquel hombre:

— Vamos, le dijo, levantaos y nada temáis. He venido para salvaros.

Mr. Gerard levantó la cabeza con aire espantado. Su rostro ofrecía una singular mezcla de esperanza y de terror.

— ¡Salvadme! exclamó.

— Salvaros: os admira ¿no es verdad? dijo Mr. Jackal encogiéndose de hombros, que se ocupe nadie de salvar á un hombre tan miserable como vos. Voy á tranquilizaros, Mr. Gerard. No se os salva más que para perder á un hombre honrado. No hay necesidad de vuestra vida,

pero se necesita su muerte, y sólo se le puede matar dejandoos á vos vivir.

— ¡Ah! dijo Mr. Gerard. Si, sí; ya creo comprenderos.

— En ese caso, dijo Mr. Jackal, haced que vuestros dientes no vuelvan á chocar más unos con otros, pues ese castañeteo os impide hablar, y contadme el suceso tal y conforme pasó.

— ¿Para qué? preguntó Mr. Gerard.

— No puedo deciroslo, pero de no hacerlo así, mentiríais. Es para hacer desaparecer las huellas del crimen.

— ¿Las huellas!... ¿luego hay señales?... preguntó Mr. Gerard abriendo desmesuradamente los ojos.

— Ya lo creo que las hay.

— ¿Pero cuáles?

— ¿Cuáles? Primero vuestra sobrina.

— ¡Mi sobrina!... ¿Luego no ha muerto?

— No. Mad. Gérard la mató mal á lo que parece.

— ¿Estáis seguro de que vive mi sobrina?

— Me separo ahora de ella, y puedo aseguraros que vuestro nombre y el de vuestra mujer producen en ella un efecto lamentable.

— ¿Sabe entonces todo?

— Es probable, porque lanza gritos desesperados al solo nombre de su buena tía Úrsula.

— ¿Úrsula? dijo Mr. Gerard estremeciéndose como al sentir una descarga eléctrica.

— Hasta á vos os produce cierto efecto ese nombre. Juzgad por eso del que debe producir á la pobre niña. Es preciso á toda costa que esa niña que puede hablar se calle, y es preciso que desaparezcan todos los indicios que puedan acusaros. Vamos, Mr. Gerard, soy médico y bastante buen

médico, tengo costumbre de encontrar los remedios cuando los busco y conozco el temperamento de mis enfermos. Contadme pues esa triste historia hasta sus más minuciosos detalles. El hecho más pequeño, indiferente en la apariencia, puede dar al traste con nuestro plan. Hablad pues como si estuvierais ante el confesor ó ante el médico.

Mr. Gerard, como todos los animales astutos, poseía en el más alto grado el instinto de conservación. Lector asiduo de todas las hojas políticas había devorado en los periódicos realistas los más furibundos artículos mandados insertar contra Mr. Sarranti. Desde entonces se sentía protegido por una mano invisible: había, como aquellos jefes protegidos por Minerva, combatido bajo la égida, y Mr. Jackal acababa de confirmarle en esta creencia.

Comprendió pues que teniendo en éste un aliado, ningún interés tenía en ocultarle nada, sino más bien en confesárselo todo.

Púsose pues, como había hecho con Domingo, á contarle desde la muerte de su hermano hasta el momento en que sabiendo la prisión de Mr. Sarranti había ido á reclamar su confesión á su confesor.

— ¡ Ah ! ahora ya caigo en ello, exclamó Mr. Jackal, ya comprendo todo.

— ¡ Cómo ! dijo Mr. Gerard espantado ; ¡ comprendéis todo !... ¿ Luego nada sabíais al venir aquí ?

— No mucho, lo confieso ; pero ahora marcha.

Después, apoyándose en el brazo del sillón y la barba en la mano, su rostro tomó cierta expresión de melancolía, que no era por cierto muy fácil ver cosa tal en su cara.

— ¡ Pobre diablo ! murmuró ; ya comprendo ahora por qué juraba por Dios y por todos los santos que su padre era

inocente. Comprendo lo que quería decir al hablar de una prueba que no podía enseñar, y comprendo al fin por qué ha marchado á Roma.

— ¡ Cómo ! exclamó Mr. Gerard, ¿ fray Domingo ha marchado á Roma ?

— ¡ Oh ! sí.

— ¿ Y qué ha ido á hacer allá ?

— Mi querido Mr. Gerard, sólo hay un hombre que pueda relevar á fray Domingo del secreto de la confesión.

— Sí, el Papa.

— Pues bien, ha ido á pedir al Papa que le releve de guardar el secreto de esa confesión.

— ¡ Oh, Dios mío !

— Y para ganar tiempo y poder hacer el viaje, pidió y obtuvo del rey una prórroga.

— ¡ Entonces estoy perdido ! exclamó Mr. Gerard.

— ¿ Por qué ?

— El Papa le concederá su petición.

Mr. Jackal movió la cabeza.

— ¿ No ? ¿ creéis que no ?

— Estoy seguro de ello, Mr. Gerard.

— ¿ Que estáis seguro ?

— Conozco á su Santidad.

— ¿ Tenéis el honor de conocer al Papa ?

— Como la policía tiene el honor de conocerlo todo. Como ha tenido el honor de saber que Mr. Sarranti es inocente y que vos sois el culpable.

— ¿ Y bien ?

— Y bien, el Papa rehusará.

— ¿ Rehusará ?

— Sí, es un sacerdote jovial y terco que trata de legar su poder temporal á su sucesor tal cual de su predecesor

lo recibió. Encontrará algún texto en que apoyar su negativa, pero lo negará.

— ¡ Ah ! Mr. Jackal, exclamó Mr. Gerard volviendo á temblar de nuevo, ¡ si os engañarais !...

— Os repito, Mr. Gerard, que vuestra salvación me es necesaria. No temáis, y continuad vuestras filantrópicas obras como de costumbre, sólo que no echéis en olvido lo que os voy á decir. Puede venir mañana, pasado, hoy, dentro de una hora, una persona que querrá haceros hablar; que se presentará como autorizada para hacerlo, que os dirá, como yo he dicho : « Lo sé todo. » No la digáis nada, no la confeséis ni aun los pecados de vuestra juventud. Negadle todo. Nada sabrá. Hasta ahora sólo cuatro conocemos el crimen : vos, yo, vuestra sobrina y fray Domingo. Nadie más que nosotros debe conocerlo ; estad en guardia y no os dejéis sorprender. Negad, negad descaradamente, negad hasta morir, aunque fuera el procurador del rey mismo quien os preguntase ; negad, que yo os apoyaré.

Es imposible decir el acento con que Mr. Jackal pronunció estas últimas palabras.

Hubiérase dicho que se despreciaba tanto como despreciaba á Mr. Gerard.

— Pero si yo me alejase, ¿ qué pensáis de esto, Mr. Jackal ? se apresuró á decir Mr. Gerard.

— ¿ Es para eso para lo que me habéis querido interrumpir hace poco ? Lo había adivinado.

— ¿ Y bien ?

— Y bien, haríais una solemne tontería.

— ¿ Si me marchase al extranjero ?

— ¡ Vos dejar la Francia, hijo ingrato ; vos abandonar el rebaño de pobres á quienes alimentáis en esta aldea,

mal pastor ! ¿ y pensáis en esto seriamente ? Mi querido Mr. Gerard, los desgraciados os necesitan, yo mismo puedo necesitaros, pienso ir uno de estos días ó una de estas noches á dar un paseo por el célebre parque de Viry, y quiero llevar conmigo algunos compañeros amables como vos, y alegres y virtuosos como vos. Pues bien, cuento con convidaros dentro de poco á esa gira campestre, que será para mí un verdadero placer y espero que aceptaréis.

— Estoy á vuestras órdenes, respondió en voz baja Mr. Gerard.

— Perfectamente.

Y sacando su tabaquera de su bolsillo, tomó un gran polvo, al propio tiempo que por sus labios vagaba una sonrisa que no queremos calificar.

Mr. Gerard creyó que todo había concluído y se levantó con la frente pálida, pero sonriendo también.

Se apresuraba á despedir en toda regla á Mr. Jackal, pero éste mirándole y conociendo su intención, le dijo moviendo la cabeza :

— ¡ Oh ! todavía no... no tan pronto : estoy á la mitad de lo que tengo que deciros. Mi querido Mr. Gerard, tened la bondad de volver á sentaros y escuchadme lo que os voy á decir.

CAPÍTULO XII.

LO QUE MR. JACKAL OFRECE Á MR. GERARD EN CAMBIO DE LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR.

Mr. Gerard lanzó un suspiro y se volvió á sentar, mejor dicho, se volvió á dejar caer en la silla.

Sus ojos vidriados continuaban interrogando á Mr. Jackal.

— Ahora, dijo éste respondiendo á la muda interrogación de Mr. Gerard con un pequeño signo: en cambio de vuestra salvación, os pediré á título no de reciprocidad, sino de *amical return* como dicen los ingleses, un pequeño servicio. Tengo muchos negocios en este momento y me sería imposible visitaros tan á menudo como quisiera.

— Pero, interrumpió timidamente Mr. Gerard, ¿tendré el honor de volver á veros?

— ¿Qué queréis, mi amigo? Siento por vos una irresistible inclinación; no sé por qué, pero os quiero con verdadera ternura. Las simpatías no se explican. Ahora bien, no pudiendo yo venir, os repito, tantas veces como desearia, es preciso absolutamente que os suplique el que me honréis dos veces por semana al menos con vuestra visita. ¿Espero que esto no os será muy desagradable, caballero?

— Pero, ¿en dónde queréis que os visite? preguntó con cierta vacilación Mr. Gerard.

— En mi oficina si lo tenéis á bien.

— ¿Y vuestra oficina está situada?...

— En la prefectura de policía.

Mr. Gerard, al oír el nombre de prefectura de policía echó la cabeza atrás como si hubiera oído mal.

— ¿En la prefectura de policía?...

— Sin duda, calle de Jerusalén; ¿por qué os admiráis de esto?

— En la prefectura de policía, repitió Mr. Gerard en voz baja y con aire inquieto.

— Veo que tenéis algo duro el entendimiento, Mr. Gerard

— No, no, comprendo: queréis estar seguro de que no saldré de Francia.

— No, no es eso. Figuraos que he puesto en vos los ojos, y que si os da la ventolera de expatriaros no dejaría de haber algún medio de impedirlo.

— Pero si os doy palabra de honor.

— Es una garantía en efecto, pero vuelvo á mi idea y prefiero veros. Qué diablos, mi querido Mr. Gerard: bastante hago yo por vos: haced vos algo por mí.

— Iré, caballero, respondió el honrado filántropo bajando la cabeza.

— Nos falta ahora convenir y arreglar los días y las horas.

— Sí, respondió maquinalmente Mr. Gerard: nos falta arreglar eso.

— Pues bueno, respecto á días, ¿qué os parecen los miércoles, días de Mercurio, y los viernes, días de Venus? ¿Os agradan estos dos días?

Mr. Gerard contestó con la cabeza afirmativamente.

— Las horas serán... ¿Qué os parece las siete de la mañana?

— Las siete de la mañana... me parece que es madrugarse regularmente.

— Vaya, mi querido Mr. Gerard, no habéis visto un drama muy en boga, que está admirablemente ejecutado por Frederic Lemaitre y que se titula *La taberna de los Adrets*, en la cual hay una canción que termina con este estribillo:

Quien fué siempre virtuoso
gusta ver venir la aurora...

Además... el verano se acerca; comienza á amanecer á

las tres... al que madruga Dios le ayuda, y no creo pecar de indiscreto al daros una cita para las siete de la mañana.

— Sea á las siete de la mañana, respondió Mr. Gerard.

— Muy bien, muy bien, dijo Mr. Jackal, pasemos ahora á ocupar los otros tres días, mi querido Mr. Gerard.

— ¿Qué ocupación? preguntó éste

— Voy á deciroslo.

Mr. Gerard ahogó un suspiro. Se sentía cogido como el ratón entre las patas del gato, como el hombre entre las garras del tigre.

— Todavía estáis fuerte, Mr. Gerard, ¿no es cierto?

— ¡Hum! hizo el honrado Mr. Gerard: *cost, cost...*

— Con vuestro temperamento, debéis sin duda gustar bastante del paseo...

— Es verdad, caballero, me agrada.

— ¿Lo veís?... Estoy seguro que pasearéis cuatro ó cinco horas por día sin fatigaros en lo más mínimo.

— Es mucho

— Hasta acostumbrarse, mi querido Mr. Gerard. Tal vez esto os cansará los primeros días, pero estoy seguro que después no podréis pasar sin hacer este ejercicio.

— Es posible, dijo Mr. Gerard, que no comprendía adónde quería ir á parar Mr. Jackal.

— Es seguro.

— No digo que no.

— Pues bien, será preciso que paseéis, Mr. Gerard.

— Si, pero ya paseo, Mr. Jackal.

— Si, en vuestro jardín, en el bosque de Sevres, de Bellevue, de Ville-d'Avrai; paseos inútiles, mi querido Mr. Gerard, puesto que no redundan ni en provecho de vuestros prójimos, ni en beneficio del gobierno.

— Es verdad, respondió Mr. Gerard, por responder algo.

— Es preciso que no perdáis así vuestro tiempo, mi querido Mr. Gerard; yo os indicaré el objeto que deben tener vuestros paseos.

— ¡Ah!

— Sí, y trataré de variarlos lo más posible.

— ¿Pero á qué vienen esos paseos?

— ¿Á qué? Á vuestra salud primero: el paseo es un ejercicio muy saludable.

— ¿No puedo hacer ese ejercicio alrededor de mi casa?

— Alrededor de vuestra casa!... Debéis estar fastidiado de estos alrededores. Desde hace seis ó siete años andáis recorriendo todos los senderos de este país. Vanves y sus cercanías deben aburrirlos: es preciso absolutamente ¿entendéis? que rompáis la monotonía de vuestros paseos por el campo. Las calles de París es lo que yo deseo que frecuentéis.

— Os juro en verdad que no os comprendo, dijo Mr. Gerard.

— Pues bien, voy á explicarme tan claramente como es posible.

— Escucho, caballero.

— Mi querido Mr. Gerard, ¿sois un fiel servidor de S. M.?

— Gran Dios, adoro al rey.

— ¿Estáis dispuesto á servirle con celo, en reparación de vuestras debilidades; mejor aún, de vuestros errores?

— ¿Y de qué modo podría servir al rey, caballero?

— De este modo: el rey está rodeado de enemigos de todas clases, Mr. Gerard.

— ¡Ay!

— El pobre por sí solo no puede combatirlos á todos.

— Es verdad.

— Ahora bien, en lengua realista, mi querido Mr. Gerard, se llama á estos malvados moabitas, amalecitas á todos aquellos que miran de cierto modo, por cualquier causa, al partido de que es representante ese miserable Sarranti. Después á aquellos que no queriendo bastante al rey, quieren demasiado al duque de Orleans; en fin, los que dejando á uno y á otro tienen un cierto recuerdo de esa miserable revolución de 1789, de la cual no ignoraréis, amigo Gerard, que datan todas las desgracias de la Francia. Hé aquí los malos, Mr. Gerard; hé aquí los enemigos del rey, hé aquí las hidras que os ofrezco combatir. ¿No es un noble encargo?

— Confieso, señor, dijo el honrado Mr. Gerard, con el gesto de un hombre dado á todos los diablos, que no comprendo absolutamente nada del encargo que me proponéis llevar á cabo.

— Es sin embargo muy sencillo, como vais á verlo.

— Veamos.

Y Mr. Gerard redobló su atención y su ansiedad.

CAPÍTULO XIII.

LO QUE MR. JACKAL OFRECE Á MR. GERARD EN CAMBIO DE LA CRUZ DE LA LECCIÓN DE HONOR (CONTINUACIÓN).

Mr. Jackal empezó con voz melosa:

— Os pasearéis, por ejemplo, por el Palacio Real ó por

las Tullerías: bajo los álamos si es en uno, bajo los tilos si es en el otro. ¿No os gustan estos paseos?

— Seguramente que sí...

— Perfectamente. Dos caballeros pasan hablando de Rossini ó de Mozart. ¿No seréis aficionado á la música de seguro, eh?

— No, no es grande mi afición...

— Pues bien, como esta conversación nada os interesa, les dejáis pasar. Vienen otros dos detrás de éstos hablando de caballos, de pinturas ó de baile... Á un hombre religioso, como vos lo sois, estos ejercicios profanos le repugnan de fijo. ¿Me engaño?

— No os engañáis, pero...

— No os impacientéis, que ya llegaremos. Como los caballos, la pintura y el baile no son de los ejercicios que os agradan, les dejáis también pasar.

Siguen después otros dos hablando, ó mejor dicho disputando sobre el cristianismo, el mahometismo, el budhismo ó el panteísmo. Todo lo que no sea la religión católica os causará horror. Además, no siendo las discusiones filosóficas más que lazos tendidos por unos á la credulidad de los otros, dejaréis que continúen paseando y filosofando, pudiendo estar seguro que de los tres vos seréis el verdadero filósofo.

Pero supongamos que otros dos individuos á su vez pasan hablando de república, orleanismo ó bonapartismo; supongamos igualmente que señalan un término al trono: ¡oh! entonces, mi querido Mr. Gerard, como el trono es de vuestro gusto, como os interesáis ante todo por el sostenimiento del gobierno y por la gloria de S. M., entonces escucharéis atentamente de modo que no perdáis una sola palabra, y si encontráis también un buen medio de mez-

claros en la conversación, ¡ oh ! entonces mucho mejor.

— Pero, dijo Mr. Gerard haciendo un esfuerzo porque empezaba á comprender de lo que se trataba : si me mezclo en la conversación, será para contradecir opiniones que detesto.

— ¡ Oh ! no estamos aún en eso, mi querido Mr. Gerard.

— ¡ Cómo !...

— Al contrario, aplaudiréis á rabiar ; formaréis coro, trataréis de atraeros sus simpatías. Esto os será muy fácil ; no tendréis más que decir vuestro nombre.

— ¡ Mr. Gerard !... ¡ el hombre honrado por excelencia ! ¿ quién desconfiará de vos ? Y una vez que hayáis trabado amistad con ellos, me lo participaréis, y yo tendré un gran placer en conocerlos y en daros la enhorabuena por vuestra fortuna. ¿ Los amigos de nuestros amigos no son amigos también ? ¿ Comprendéis ahora lo que quiero ? Decid.

— Sí, respondió sordamente Mr. Gerard.

— ¡ Ah ! bien ; pues aclarado ya este primer punto, ya adivinaréis de seguro que éste no es más que uno de los mil objetos de vuestros paseos.

— ¡ Cómo !...

— Poco á poco yo os iré indicando los otros, y antes de un año, á fe de Jackal, quiero que seáis uno de los más fieles, de los más decididos, de los más diestros, y por consiguiente uno de los más útiles servidores del rey nuestro señor.

Mr. Jackal calló, y fijando tenazmente sus ojillos grises en Mr. Gerard, esperó la respuesta de éste.

Al cabo de un rato murmuró :

— Según eso, lo que me ofrecéis, caballero, ¿ es simplemente que yo sea vuestro espía ?

Y al pronunciar estas palabras, su rostro, más bien que pálido estaba lívido.

— Puesto que habéis pronunciado la palabra, Mr. Gerard, no trataré de desmentiros ni de ocultaros tampoco la verdad.

— ¡ Espía ! murmuró de nuevo Mr. Gerard.

— ¿ Qué diablos halláis de malo en esa profesión ?

— Malo... nada... pero...

— ¿ Acaso no soy yo, yo que os estoy ahora hablando, et primero entre los espías de S. M. ?

— ¡ Vos ! murmuró Mr. Gerard entre dientes.

— Yo, sí, yo. ¿ Os figuráis que no me creo tan honrado por lo menos como otro cualquiera hombre, y al decir esto no aludo á nadie en particular, mi querido Mr. Gerard ; cualquiera hombre, digo, que hubiera asesinado á sus sobrinos para apropiarse la fortuna de éstos, y que habiéndoles asesinado, dejara cortar el cuello á un inocente por salvar el suyo ?

Estas palabras fueron dichas con tal acento de burla, que Mr. Gerard encorvó la cabeza murmurando en voz baja palabras que sólo el fino oído de Mr. Jackal hubiera podido oír lo que decía.

— Haré todo lo que queráis.

— Entonces esto marcha perfectamente, dijo Mr. Jackal.

Después tomando el sombrero que al sentarse había dejado en el suelo junto á su silla, y levantándose, exclamó :

— Á propósito, mi querido Mr. Gerard : me iba ya sin advertiros una cosa.

— ¿Cuál ?

— ¡ Oh ! espero que convendréis conmigo en ella.

— No comprendo.

— Pues la cosa es, mi querido Mr. Gerard, que el secreto de vuestra decisión y de vuestra abnegación por S. M. quedará guardado entre nosotros dos; entre vos y yo. Hé aquí por qué os he propuesto el que me vayáis á visitar tan temprano.

— Descuidad, murmuró Mr. Gerard.

— Á esta hora podéis estar seguro de que no encontraréis en mi casa ninguna persona que os conozca. Nadie tendrá derecho, y esto os interesa á vos tanto como á mí, con ese nombre de espía que hace poco os puso la cara como un arco iris.

— Permitid... creed... dijo Mr. Gerard, confundido con el acento un tanto burlón de Mr. Jackal.

— Entretanto os prometo que si de aquí á seis meses estoy tan contento de vos como espero estar; una vez desembarazado de Mr. Sarranti, se entiende, pediré á S. M. para vos el derecho de llevar ese pedacito de cinta encarnada, puesto que tenéis tal afán por él, á pesar de que sois ya entradito en años.

Y al decir estas palabras, Mr. Jackal se dirigió hacia la puerta: Mr. Gerard le siguió.

— No os incomodéis, le dijo Mr. Jackal; veo vuestro rostro inundado de sudor, y es menester que no os expongáis así á una corriente de aire. Me desesperaría el que en la vispera de entrar de lleno á desempeñar vuestras importantes funciones, cogieseis un catarro ó acaso una pulmonía.

— ¡ Mil gracias !

— Nada, nada; permaneced en vuestro sillón y reposaos de vuestras emociones. Cuidad solamente de estar en París: pasado mañana es miércoles, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Pues bien, no faltéis pasado mañana: id á verme, que yo daré las órdenes necesarias para que no os hagan esperar.

— Pero... insistió Mr. Gerard.

— ¿ Cómo pero?... dijo Mr. Jackal, creía que estábamos convenidos.

— Es para volver á hablaros de fray Domingo, caballero.

— ¡ Ah ! ¿ de fray Domingo ? Pues bien, debe llegar dentro de quince días, ó lo más tres semanas.

— ¡ Quince días ! exclamó Mr. Gerard.

Y Mr. Jackal se vió obligado á sostenerle al ver que iba á caer desmayado.

— ¿ Qué tenéis ? dijo el polizonte al propio tiempo.

— Tengo, dijo Mr. Gerard, que si vuelve...

— Cuando os he dicho que el Papa no le permitirá revelar su secreto...

— ¿ Pero si lo revela sin su permiso, caballero ? dijo Mr. Gerard juntando las manos.

El polizonte miró á Mr. Gerard con profundo desprecio.

— Caballero, dijo, ¿ no me habéis dicho, que fray Domingo había hecho un juramento ?

— Sin duda.

— ¿Cuál ?

— Juró no hacer uso del papel que posee hasta que yo haya muerto.

— Pues bien, Mr. Gerard, dijo el jefe de la policia, si fray Domingo ha hecho ese juramento, como es un verdadero hombre honrado, lo cumplirá. Solamente...

— ¿ Solamente qué ?

— Cuidad de no moriros, porque muerto vos, como fray Domingo se hallará libre de su promesa, no respondo de nada,

— ¿Y de aquí á entonces ?

— Dormid á pierna suela, Mr. Gerard, puesto que podéis dormir.

Dichas estas palabras con un acento que hizo temblar al honrado Mr. Gerard, Mr. Jackal volvió á montar en su carruaje, diciéndose á sí mismo :

— Á fe mía, preciso es convenir en que este hombre es un grandísimo miserable, y que si no abrigase confianza en la justicia humana, de fijo estaria ahora dándose á todos los demonios.

Después suspirando :

— ¡ Pobre diablo ! ¡ pobre fray Domingo ! murmuró : verdaderamente que él es á quien se debe compadecer. En cuanto al padre, es un viejo monómano. No me interesa nada, y puede sucederle lo que Dios quiera, sin que se me dé de él un ardite.

— ¿ Adónde quiere el señor que le llevemos ? preguntó el lacayo después de cerrar la portezuela.

Á casa.

— ¿ Prefiere el señor pasar por una barrera determinada, ó le es indiferente el ir por una calle ó por otra ?

— Si tal, entraréis por la barrera Vaugirard, pasaréis por la calle de Fers. Hace un sol magnífico y quiero asegurarme de si ese lazzaroni de Salvador está allí con sus cordeles. No sé por qué se me figura que ese tunante nos ha de dar que hacer en el negocio Sarranti.

Andad.

Y el coche partió al galope.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN LO QUE PIENSAN ORDINARIAMENTE TRES GORAZONES DE VEINTICINCO AÑOS.

Abandonemos por un momento toda la parte de nuestra relación que haga referencia á Justino, á Mina, al general Le Bastard, á Domingo, á Mr. Sarranti, á Mr. Jackal y á Mr. Gerard, y dando media vuelta entremos en el taller de ese mohicano del arte, á quien conocemos bajo el nombre de Petrus.

Era el día siguiente ó al otro de la visita de Mr. Jackal á Mr. Gerard, porque se comprenderá fácilmente que con cerca de un día de intervalo nos es imposible relatar positivamente á nuestros lectores el orden cronológico de los sucesos.

Serian las diez y media de la mañana. Petrus, Ludovico y Juan Robert estaban sentados, Petrus en una otomana, Ludovico en una butaca á lo Rubens, y Juan Robert en un inmenso Voltaire.